

El texto que sigue se publicó originalmente en *Perspectivas: revista trimestral de educación comparada* (París. UNESCO: Oficina Internacional de Educación),
vol. XXXI, n° 3, septiembre 2001, págs. 501-517
 ©UNESCO: Oficina Internacional de Educación, 2001
 Este documento puede ser reproducido sin cargo siempre que se haga referencia a la fuente.

Margaret Mead (1901-1978)

*Wilton S. Dillon**

*Cuando observamos las diferentes civilizaciones
 y vemos los muy distintos estilos de vida
 a los cuales el individuo ha debido conformarse
 y a cuyo desarrollo ha debido contribuir,
 sentimos renovarse nuestra esperanza
 en la humanidad y en sus potencialidades.*

Margaret Mead, 1930

El centenario del nacimiento de Margaret Mead (1901-1978) ofrece a los padres, estudiosos, educadores, diplomáticos, servidores públicos y otros ciudadanos una inapreciable ocasión de proyectar la esperanza hacia el siglo XXI. El legado de Margaret Mead nos obliga a replantearnos los interrogantes que ella y sus coetáneos suscitaron y a formar – como hizo ella – “grupos” de individuos dedicados a enriquecer nuestro conocimiento del aprendizaje humano¹. Si bien Mead fue una gran individualista que celebró la singularidad del individuo, también defendió (y practicó) el esfuerzo grupal: de ahí el *leitmotif* de la conmemoración de su centenario: “No dudes jamás de que un pequeño grupo de ciudadanos clarividentes y comprometidos puede cambiar el mundo”. La vasta colección de sus manuscritos y recuerdos reunidos en la Biblioteca del Congreso de Washington es un monumento a sus deudas intelectuales y a sus interdependientes indagaciones sobre el potencial humano.

Mead utilizó a menudo un término del griego antiguo *plastikos* (modelable) para referirse a la capacidad humana de crecer y cambiar y adaptarse, dentro (y a veces más allá) del marco de la herencia biológica y cultural. La dicotomía naturaleza-educación era para ella una quimera. Su enfoque sistémico del conocimiento exigía la inclusión de todas las variables. La estructura de su pensamiento, presente en sus escritos y en películas, conserva toda su validez.

En mi condición de ex alumno que la tuvo por mentor durante los últimos treinta años de su vida, y en tanto amigo y colaborador, fui testigo y admirador de su insaciable

curiosidad, una curiosidad que puede todavía resultar contagiosa para una nueva generación. Su gran inteligencia y su poder de síntesis y de observación permanecieron intactos hasta que los sedantes y la muerte la atraparon en el pabellón de oncología del New York Hospital el 15 de noviembre de 1978. En el editorial del *New York Times* publicado en el momento de su desaparición se la llamó “abuela del mundo”. Algunos colegas científicos que visitaban China apuntaron que ella “no se dirigió sin luchar hacia esa buena noche”. Su posición era la de una participante-observadora que lleva a cabo un estudio etnográfico del proceso de morir como una parte de la vida. La muerte, la brutal interrupción de su trabajo, le resultaba una ofensa y nunca dijo adiós.

¿Qué nos queda por aprender en este nuevo siglo sobre su propia educación y sobre la manera en que ella estudió las continuidades y discontinuidades de lo que una generación transmite a la otra? Desde su infancia en Filadelfia hasta su muerte, la vida de Margaret Mead giró en torno a la educación. Señalar su papel como la más famosa antropóloga del siglo XX y como una especie de UNESCO unipersonal es sólo una manera de identificar los elementos que hacen de ella una fuerza educativa duradera. Los actuales debates sobre su legado son en sí mismos educativos. Los participantes se ven obligados a pensar con más claridad, a reformular sus planteamientos, a mantener vivo el sentido del asombro sobre quiénes somos en tanto seres humanos, de dónde venimos y adónde vamos. Se ven forzados a interrogarse sobre cómo nos insertamos en el reino animal y en el universo y cómo podemos aprender a hacer opciones éticas con el fin de proteger todas las especies y un planeta frágil de los predadores humanos. Margaret Mead fue una científica, una humanista, una ciudadana, una madre, una abuela y una maestra responsable y bondadosa, facetas que a veces se fusionaban.

La educación de Margaret Mead

La autobiografía de Margaret Mead, *Blackberry winter: my earlier years* (1972)², nos habla de ella, de sus padres educadores y de sus antepasados directores de escuela en el Ohio del siglo XIX. La historia de su vida nos ofrece muchas claves de lo que sería su enfoque de la antropología, una suerte de “subjektividad disciplinada”. Para Mead, ser “objetivo” incluye revelar lo que puede aprenderse del observador y las interacciones entre el observador y el observado.

En el prólogo de su autobiografía escribe: “En este libro he tratado de describir los tipos de experiencias que han hecho de mí lo que soy, yo, personalmente, y de distinguir

los tipos de experiencias que podrían formar parte de una manera de educar a los niños y de ver el mundo que incluye el pasado y el futuro como aspectos del presente, el presente de cualquier generación.” Al comienzo del libro, M. Mead escribe que ella fue “la hija mayor, deseada y amada” (Mead, 1972).

La revelación de sí misma habría permitido a su amigo Erik H. Erikson escribir una penetrante reconstrucción de la vida de Margaret Mead – como lo hizo con Martín Lutero y con Gandhi –, desenredando primero los hilos de la urdimbre para tejerlos de nuevo. Aunque no se trata de la historia psicológica de su amiga, sus escritos y los de Mead reflejan lo que mutuamente aprendieron uno del otro sobre la noción del tiempo, en particular sobre las ventajas de contar en “tiempo biológico”, es decir, medir el flujo del tiempo en generaciones de veinticinco años. Esta manera de contar contrasta con la de medir el tiempo en – digamos – años fiscales, basada en el momento en que las instituciones recaudan los ingresos, calculan los presupuestos y gastan el dinero. Una de las ventajas consiste en que así resulta más fácil evitar la idea de una “rápida apreciación” que alimente la expectativa ingenua de encontrar soluciones apresuradas a los problemas. Mead nos recordaba con frecuencia que la difusión de una nueva idea o una nueva invención podía llevar veinte años o más. Incluso ponía en guardia a los nuevos presidentes de los Estados Unidos respecto de la tentación de poner en práctica las promesas de campaña en los primeros cien días de ejercicio. Pese a esto, ella por su parte se mostraba siempre impaciente por movilizarse y movilizar a otros para la acción en diversos frentes, desde la crianza de los niños hasta el poner fin a la guerra. Su educación la llevó a ser a la vez pragmática y profeta (Toulmin, 1984).

La noción del tiempo en Margaret Mead tiene profundas implicaciones cuando se trata de comprender la educación como una selectiva transmisión de la cultura, cuyos elementos cambian cada generación. Contar en tiempo biológico sirve también como útil correctivo de la confianza, muy discutida, que el Gobierno de los Estados Unidos tiene hoy en los resultados de los tests en tanto que medidas del aprendizaje o indicadores de la “educación”. La vida de Margaret Mead y su legado de mentor incitan a sus seguidores a adoptar una visión longitudinal de los dones, intereses y talentos singulares del niño, con el fin de desarrollar su curiosidad. Esta curiosidad puede perdurar durante la vida entera, independientemente del dominio fugaz de un conjunto de hechos y de la elección predeterminada de una carrera. Concentrada y disciplinada, ella es, sin embargo, la personificación del Príncipe de Serendip del imaginativo libro de Horace Walpole *The three princes of Serendip* [Los tres príncipes de Serendip], que dio a la ciencia la

espléndida metáfora del descubrimiento de lo inesperado. La serendipia – el don de descubrir algo sin proponérselo – es buena para la ciencia; la literalidad puede matar la curiosidad.

La infancia de Margaret Mead fue determinante en el desarrollo de su respeto por la diferencia individual (y por su desarrollo a largo plazo). Su madre, Emily Fogg Mead, cultivaba la singularidad de cada uno de sus cuatro hijos que, además de recibir la influencia de las personalidades diferentes de sus padres, gozaban de las ventajas de una casa familiar en la que convivían tres generaciones. Ellos sacaron de esto consecuencias diversas y siguieron carreras y caminos diferentes. Decenas de años más tarde, la influencia de su madre podía constatarse en las clases de Margaret Mead en la universidad, donde pedía a sus alumnos que le presentaran autobiografías sucintas acompañadas de sus fotografías, con el fin de aprender más de “los rostros en la multitud”.

En la época del nacimiento de Margaret Mead, su madre seguía, en principio, los consejos de I. Emmet Holt y su hijo que, desde 1894, habían escrito muchos libros sobre el cuidado de los niños. Eran partidarios, por ejemplo, de que se alimentara a los bebés con el biberón. “Mi madre leyó el libro”, escribe M. Mead,

pero amamantó a sus hijos. Aceptaba dejar en la cama a un bebé que llora, a menos que sufra físicamente. Pero decía que sus bebés eran buenos y que sólo lloraban si algo no iba bien, de modo que los tomaba en sus brazos. Creyendo que vivía según los principios modernos de la crianza de los niños, adaptaba muy contenta los consejos teóricos a la realidad viviente de sus propios hijos (Mead, 1972).

Margaret Mead, como su madre, esperaba que los niños y los adultos respetaran las reglas, pero también que fueran imaginativos en su manera de adherirse a ellas, sin herir a los demás. De sus padres y hermanos aprendió pronto a tomar en cuenta el valor de los actos individuales en sí, más que verlos como medios para llegar a un fin, y a gozar del proceso de ir de una buena acción a otra, secuencia por secuencia, sin forzarse a alcanzar necesariamente una meta establecida de antemano.

La educación de Margaret Mead no terminó nunca. Alimentada por sus relaciones familiares, que incluían un padre profesor de economía en la Universidad de Harvard, por su temprana dedicación a la escritura de poemas, por la actuación teatral en festividades y por el estudio de la psicología, Mead “encontró su voz” en la antropología como un marco totalizador para integrar las humanidades y las ciencias. Estos pasos evolutivos están bellamente descritos en la autobiografía que su hija, Mary Catherine Bateson, recomienda como el mejor balance personal de su evolución como educadora.

Su autobiografía revela un modelo de aprendizaje que ha durado setenta y siete años. Las frecuentes mudanzas de la familia la obligaron a alternar entre la instrucción en el hogar y la asistencia a escuelas tradicionales, a menudo criticadas por sus padres en razón de su insistencia en el aprendizaje basado en la memorización. Gran parte de su educación temprana se desarrolló en el hogar, bajo la influencia de su madre y con la ayuda de su abuela, que era maestra y le daba “clases”. La madre de Margaret Mead era una pionera en sociología que llevaba a cabo estudios etnográficos sobre los inmigrantes italianos. Cuando salía a entrevistar familias italianas, llevaba a la joven Margaret. La toma de notas iba a convertirse así en un elemento esencial de su carrera de antropóloga. En tanto que hija mayor, llegó incluso a tomar notas sobre el desarrollo de sus hermanos menores mucho antes de haber leído los trabajos de Jean Piaget. (Sus hermanos fueron enviados finalmente a una escuela progresista de Fairhope, Alabama.)

A partir de esas experiencias, de sus cambios de escuela y de comunidad en los alrededores de Filadelfia, desarrolló un enfoque de la educación con un fuerte componente experimental que guarda cierta semejanza con el modelo de “aprender haciendo” de John Dewey. Para ella no se trataba de aprender sólo con la cabeza, sino también con las manos: artesanía, costura y carpintería. (Muchos años más tarde me pareció que la decepcionaba cuando descubrió lo torpe que yo era al cortar un pato durante una cena de Navidad en su casa de Nueva York.) Sus extraordinarias capacidades verbales se vieron afinadas por las conversaciones en la mesa familiar y más tarde en los debates universitarios. Quienes la entrevistaban para la televisión se asombraban siempre de ver cómo podía alargar o acortar su discurso según los minutos o segundos disponibles.

Sus experiencias vitales le fueron de gran ayuda en su trabajo de campo en Papua-Nueva Guinea, donde pudo observar modelos de educación que hacían hincapié en un conjunto de talentos muy diferentes de los que se esperaba de los escolares norteamericanos. Howard Gardner, psicólogo de Harvard, toma nota de estas percepciones en su nuevo prefacio a la reedición del libro de Mead *Growing up in New Guinea* (Mead, 2001b [1931]).

Después de sus estudios formales e informales en su casa y en escuelas privadas de Pensilvania, la licenciatura en la DePaul University de Indiana y en el Bernard College, y la maestría en la Columbia University, Margaret Mead hizo su entrada triunfal en la antropología en 1928, con su aún hoy polémico *Coming of age in Samoa*. Para preparar este libro, Margaret Mead – que tenía entonces 24 años de edad – emprendió un estudio

de las adolescentes de Samoa bajo la tutela de los antropólogos de la Columbia University Franz Boas y Ruth Benedict. Este libro – cuya aparición coincide con el momento en que los norteamericanos descubrían las ideas de Sigmund Freud en los años veinte – se convirtió inmediatamente en un best-seller. Sus críticos claman que su defensa de la “relatividad cultural” contribuyó a la pérdida de los valores morales norteamericanos. Pero para muchos lectores, la antropología y su visión integral se convirtieron en una parte constitutiva del *ethos* nacional, como lo muestran las historietas y caricaturas – amistosas e inamistosas – de Margaret Mead que se exhiben hoy en la exposición del centenario organizada por la Biblioteca del Congreso: *Margaret Mead, la naturaleza humana y el poder de la cultura*.

Quince años después de Samoa, Mead hizo cinco viajes para realizar trabajos de campo centrados principalmente en Bali y Nueva Guinea, donde estudió ocho culturas diferentes, acopió una enorme cantidad de material para obras de divulgación y publicaciones universitarias y se convirtió en una candidata favorita de las entrevistas televisivas y los testimonios ante los comités parlamentarios. El antropólogo Robert Murphy cuenta en *The body silent* (1987) que era difícil tener una opinión sobre Margaret Mead, porque ella era “como el aire que se respira”.

Desde su oficina en la torre del American Museum of Natural History, su base durante más de medio siglo, Margaret Mead combinaba su trabajo de conservadora de la etnografía del Pacífico con su carrera docente y su actividad pública de intelectual. Esto comprendía una plaza como profesora adjunta en el Teachers College de la Columbia University y la Graduate School of General Studies, y como profesora visitante en psiquiatría en la Menninger School y en la School of Medicine de la University of Cincinnati. Ejerció su influencia en el lanzamiento de la antropología urbana en la Universidad de Nueva York y, para comprender mejor a las primeras generaciones de estudiantes, iba a su encuentro con entusiasmo en el nuevo campus de Manhattan de la Fordham University, cerca de la Metropolitan Opera. Tenía gran respeto por la contribución de los jesuitas a la educación y se alegraba de tener como colega al Padre Ewing, que ejercía en el Departamento de Antropología del campus de Bronx de la Fordham University. (Su hija, Mary Catherine Bateson, también enseñó antropología en el Ateneo, una universidad jesuita de Manila.) Sin embargo, su aula principal la componían los lectores de los periódicos populares y los telespectadores.

En los primeros años de su carrera, antes de llegar a ser tan conocida, Mead escribía a menudo dos versiones de un mismo tema, una para los especialistas y otra para el

público en general. Por ejemplo, *Coming of age in Samoa* fue seguido por *The social organization of Manu'a*. Como San Pablo hablando a los corintios, ella adaptaba su texto a la audiencia, en una forma de comunicación intercultural.

Perspectivas personales

Los expertos en evaluación de los “resultados” de la educación prefieren los datos cuantitativos a los cualitativos. Sin embargo, inspirándome en el uso que Margaret Mead hacía de sí misma como fuente de datos, relataré algunos episodios o “resultados” personales de mi propio currículo como parte del proceso educativo influido, pero no generado, por Mead. Mi historia es sólo uno de los múltiples estudios de casos que podrían escribirse a propósito de los remanentes intelectuales de toda una vida de contacto con Margaret Mead como maestra y como colaboradora. En mi caso, esto significa un “mejoramiento cívico” basado en la antropología, más que en el trabajo de campo conjunto. El primer residuo de esta influencia es una recurrente creencia inspirada por Mead en el hecho de que el conocimiento necesita ser constantemente puesto a prueba, desafiado y revisado. Como Albert Einstein, Mead aceptaba de buen grado que discutieran sus posiciones o le dieran la prueba de su “error”. Por otra parte, era mucho más cortés con quienes pensaba que no valía la pena discutir.

En un compendio de recuerdos inédito sobre Margaret Mead, “La vieja tortuga”, que expuse ante la Sociedad Literaria de Washington, describía mi primer encuentro con ella en febrero de 1951. Yo había llegado a Columbia desde Berkeley siguiendo a Alfred Kroeber, que se había retirado de la Universidad de California. El curso de Margaret Mead en Columbia sobre “Comunicación intercultural”, que tenía lugar en su museo, me atrajo a causa de mi trabajo anterior en Tokyo, con el equipo de MacArthur de información y educación civil. Como correspondía, llené unos formularios con datos biográficos para acompañar mi fotografía. Mead, que hablaba con un acento que yo asociaba con Eleanor Roosevelt, reparó en mí y, sospechando que yo había leído la obra de Ruth Benedict *The chrysanthemum and the sword* (1946), me invitó a ir a verla en su despacho. Inició ella la conversación preguntándome qué pensaba del libro de Benedict, y especialmente de la distinción que hace entre las concepciones japonesas de la vergüenza y la culpa. Estaba interesada por el curso de Kroeber que yo seguía: “Sistemas de valores y carácter nacional”, en el cual él especulaba sobre las semejanzas entre los escoceses y los indios yurok de California. Comprendió rápidamente que yo estaba

interesado en el estudio de las culturas de los Estados-nación industrializados y alfabetizados, incluidas las culturas tribales de los indios americanos de mi nativa Alabama y Oklahoma. El nacimiento de mi madre en un vagón cubierto que llegaba al Territorio Indio (hoy Oklahoma) en 1898 – tres años antes del nacimiento de la propia Margaret Mead – iba a ser con el tiempo una referencia frecuente en su discurso sobre las mujeres pioneras. Le interesaba explorar lo que llevaban con ellas y lo que habían dejado atrás.

En nuestra conversación se enteró de que yo era el mayor de seis hermanos, que me había convertido en jefe de familia tras la muerte de mi padre en 1946 y que había llevado a mi madre viuda y a mis cuatro hermanos menores a vivir conmigo a Tokyo. Mead me hizo entonces muchas preguntas sobre el programa de estudios de la American School de Tokyo y sobre lo que los jóvenes norteamericanos aprendían de la lengua y la historia del Japón. Era una excelente entrevistadora, o más bien, una gran conversadora. Luego me contó que ella también era la mayor de sus hermanos y mencionó algunas obras de psicología sobre el orden de nacimiento. Me di cuenta que me consideraba como un colega, más que como un estudiante que está siendo evaluado por un profesor. Le interesaba reunir indicaciones sobre familiares y amigos de cada persona que encontraba, y sobre el género y la diversidad en la cultura norteamericana. Para ella, los estudiantes extranjeros constituían una fuente adicional de información y opiniones. Sostenía que ellos sabían cosas que ella ignoraba. Cada persona que encontraba contribuía a su indagación sobre los seres humanos considerados como una especie con muchas culturas.

Cuando supo que yo iba a París después de haber cursado un solo semestre en Columbia, Mead me abrió puertas que cambiaron el curso de mi vida. Mis casi dos años en París y una breve estancia en Leiden se vieron enormemente enriquecidos por las cartas de presentación que envió a Alfred Métraux, antropólogo de la UNESCO, a Geoffrey Gorer, antropólogo británico con gran interés por las culturas inglesa, francesa, japonesa y norteamericana, y a Clemens Heller, historiador de la economía, hijo del editor vienés de Freud y fundador de los Seminarios de Salzburgo en los cuales Mead y otros intelectuales norteamericanos encontraron a colegas europeos poco después de la guerra. Heller se convertiría en el empresario universitario por excelencia en París. Fundador de la Maison des Sciences de l'Homme y de numerosas revistas académicas dedicadas a las culturas europeas, africanas y asiáticas, él y su mujer de entonces, Mathilda Mortimer, norteamericana nacida en París, abrían su casa de la Rue Vaneau según la tradición de los salones parisinos. Allí encontré a científicos e historiadores de la

diplomacia, la tecnología, la literatura, la música y la arquitectura. Pude darme una idea del París que había subyugado a Franklin y Jefferson. Allí conocí a Claude Lévi-Strauss, entonces menos conocido en el mundo que Margaret Mead, pero que pronto sería una figura capital. La educación, según iba descubriendo, toma muchas formas, incluso la práctica de las recomendaciones universitarias.

Mead vino a París varias veces durante mi estancia. Nos encontrábamos en el bar de la UNESCO, entonces en la Avenue Kléber. Durante estas visitas me mostró signos de sus procesos mentales que no me habían resultado evidentes cuando nos encontramos por primera vez: una combinación de pensamiento deductivo e intuitivo. Ella oponía, como los franceses, el empirismo anglosajón al pensamiento cartesiano francés, y me instaba a sacar ventaja de ambos. Me interrogaba sobre Marcel Mauss, sobrino de Durkheim y profesor de Lévi-Strauss, a cuyas ideas me había iniciado en un seminario. Su trabajo de 1927 *Essai sur le don* (traducido al inglés con el título de *The gift: forms and functions of exchange in archaic societies*) iba a convertirse en el detonante de mi tesina, publicada más tarde gracias a los buenos oficios de Heller con el título de *Gifts and nations*. Mead detectó de inmediato la relación entre mi temprano interés por los modelos japoneses de intercambio y reciprocidad de presentes (los conceptos de *giri* y *on*) y lo que estaba aprendiendo a través de la “antropología de sillón” de Mauss en París. Mauss identifica tres obligaciones universales: dar, recibir y devolver. Estas generalizaciones sirven como imanes para atraer toda clase de datos y percepciones inductivas de una gran diversidad de sociedades humanas (Mauss, 1954). Mead contribuyó a convertir estas obligaciones abstractas en ejes observables dentro del ámbito familiar, religioso, laboral y escolar.

Estas conversaciones parisienses con Mead y sus amigos despertaron en mí la conciencia de que los Estados Unidos prefieren ser una nación donante y docente que receptora y discípula, y que sería útil para el buen entendimiento internacional que nuestro país aprendiera a alternar esos papeles. A estos encuentros con Margaret Mead en París y Nueva York debo también el inicio de mi expresión “efecto gaullista” para referirme a quienes se vengan de sus benefactores volviéndose líderes nacionalistas no muy diferentes de los que conducen movimientos de “renovación autóctona” en culturas que se resisten a la pérdida de su autonomía. El análisis de Mead de los “cultos de cargueros”³ y el caso del jefe Paliu en *New lives for old* (1956) me llevaron a dar ese salto escandaloso a la comparación con Charles de Gaulle.

En las conversaciones con Mead y Gorer se reiteraban frases como “ése es un puntito muy interesante”. Estaban siempre en busca de pequeños indicadores de

comportamientos humanos que pudieran encajar en una trama mayor, un mosaico. Heller se lamentaba cuando pasaba un día sin tener una “nueva idea”. Mead siempre afirmó que Gregory Bateson era mejor teórico que ella, si bien ambos, especialmente en sus investigaciones balinesas, abordaron el microcomportamiento a través del análisis de fotografías de las interacciones padres-hijo. Por mi parte, al comenzar nuestro trigésimo año de colaboración, me sentía afortunado de ser absorbido en esa trama de descubrimiento y apoyo, cuyo frutos no cesaron con su muerte. El centenario de su nacimiento me ofrece más continuidades que discontinuidades, ya que me encuentra trabajando siempre con su fundación, el Instituto de Estudios Interculturales de Nueva York, donde desempeñé la función de presidente cuando ella era secretaria general y donde me dispongo ahora a traspasar el puesto de secretario a un miembro de la generación más joven, tal como ella lo habría prescrito.

En un libro reciente, *Uncommon lives: my life long friendship with Margaret Mead* (1999), otra de sus ex alumnas, la lamentada Patricia Grinager, describe a Mead como “una agencia de empleo [que] mezclaba los centenares de puestos de los que oía hablar y los combinaba con las personas que consideraba podían desempeñarlos”. Creía que los antropólogos debían aprender a aceptar empleos que *a priori* parecen no tener ninguna relación directa con su educación formal. Por esto ella prodigaba consejos de carrera y distribuía empleos incluso mucho después de que sus alumnos habían dejado de serlo. (Su ahijado, Daniel Alfred Métraux, que creció en la casa que Mead compartía con su madre, continúa su tradición de colocar a sus alumnos, escribir recomendaciones y visitarlos en el mundo entero.)

En los años transcurridos desde que la encontré por primera vez, Margaret Mead se molestó en recomendarme o apoyarme para la dirección de una revista especializada de la Sociedad de Antropología Aplicada, para cargos docentes en tres instituciones, para la administración de una fundación educativa destinada a la “educación de los negros en los Estados Unidos y en África, así como de los indios americanos”; para la organización de la cooperación científica entre la Academia Nacional de Ciencias y las nuevas naciones africanas y, por último, ante la Smithsonian Institution, donde ella desempeñó una función clave en varios simposios interdisciplinarios internacionales que organicé para producir libros. Los empleos que no se me ofrecieron o que no acepté fueron también parte de mi educación. Cuando se me propuso que aceptara la presidencia de varias facultades, ella no me desalentó, pero me recordó que sería más útil en relaciones laterales amplias que conectaran varias instituciones, más que sentado en lo alto de una pirámide, perturbado

por el estatuto del personal docente, los problemas de estacionamiento y la vida sexual de los estudiantes.

Su apertura de espíritu y su confianza en la polivalencia de los individuos influyeron en su apoyo a las ideas del Presidente John F. Kennedy, que deseaba nombrar en las embajadas africanas a personas que tuvieran algunos conocimientos sobre las regiones culturales a las que se proponían servir. Aunque yo nunca llegué a ser embajador de los Estados Unidos en Sierra Leona, a Mead le agradaba pensar que ése podría haber sido el caso si Kennedy no hubiera sido asesinado. Mis “calificaciones” incluían mi amistad con una mujer africana, la Jefa Suprema Ella Koblo Gulama de Moyamba, que me habría permitido la entrada en varios territorios de Sierra Leona y me hubiera ayudado gracias a su red de relaciones con educadores y políticos de Guinea y Liberia. Mead, a quien intrigaba la importancia de las abuelas, se interesó aún más al saber que la abuela de Madam Ella era la Jefa Suprema que había negociado el protectorado Británico, y que el padre de Ella la había elegido como sucesora prefiriéndola a su hermano mayor – respetando debidamente el proceso electoral – porque la hija mostraba poseer una mayor capacidad de liderazgo.

Además de estos vínculos profesionales con la antropología aplicada, Mead me enseñó mucho sobre la amistad. Parecía no haber límite para el número de nuevas personas que ella introduciría en su vida y que pasaban a formar parte de nuevos “grupos”. Ella creía que la amistad es un parentesco por elección. Así que cuando le presenté a la mujer que finalmente había aceptado casarse conmigo – una bailarina de Virginia que yo había encontrado en Francia – quedó encantada. Mi novia fue inmediatamente aceptada en su círculo. Mead afirmaba que las bailarinas pueden ser buenas antropólogas porque saben por experiencia lo que es la coreografía: la manera en que distintos elementos se reúnen para dibujar formas y movimientos. Fue para nosotros un placer singular el que nos invitara a la ceremonia celebrada en la American Academy of Arts and Letters cuando Margaret Mead fue elegida miembro. En presencia de Marilyn Monroe y de Arthur Miller, admiramos la exposición de los apuntes realizados durante su trabajo de campo, acompañados de diseños textiles de Bali. Mead se sentía muy a gusto con los poetas, así como con el principal orador de la ceremonia, Salvador de Madariaga, que ella conocía muy bien a través de su libro sobre el “carácter nacional”, *Englishmen, Frenchmen and Spaniards* (1928).

Cuando en 1961 Virginia, mi mujer, y yo estábamos a punto de partir rumbo a Ghana para llevar a cabo un trabajo de campo sobre la vida de los intelectuales africanos,

Mead nos ofreció una cena de despedida en un restaurante balinés, a un paso de Times Square. Al año siguiente, de regreso con un hijo recién nacido, fuimos a vivir a un apartamento cerca de Columbia, donde Mead nos visitaba a menudo y venía a cenar antes de dar sus clases nocturnas en la universidad. Si el bebé se ponía a llorar durante la cena, Mead aconsejaba a Virginia: “Vete a ver a tu bebé”. El mismo bebé, unos años después, se paseaba por Greenwich Village montado sobre la espalda de Tulia – la niñera y ama de llaves haitiana de Margaret Mead y Rhoda Métraux – según la costumbre de las mujeres de Dahomey. Más tarde, nuestro hijo recibiría un regalo de Navidad procedente de la ciudad de México, donde Mead asistía a una conferencia de antropología: de regreso con un pesebre de Belén en los brazos, se lo entregó con una tarjeta que decía, “dulces, frágiles objetos”. El bebé creció y se convirtió en el padrino del hijo biológico del ahijado de Mead, David Métraux. Todo quedó en familia.

Pese al acceso que Mead nos daba a su vida y, por extensión, a las vidas de su hija, de su nieta y de su yerno, el actor Barkev Kassarjian, yo tenía clara conciencia de que ella favorecía la autonomía de sus protegidos. No quería que fueran conocidos como “el chico o la chica de Maggie”. Cultivaba nuestra independencia y nuestra individualidad como lo había hecho con su hija. En la boda de su hija con Kassarjian, Mead, en silla de ruedas a causa de una fractura de tobillo, entró en la iglesia por una puerta lateral para ir a ocupar su lugar, modestamente, al lado de su ex marido. Hizo esto con el fin de no robarle el estrellato a la novia. Esa conducta era en el fondo la misma que adoptaba en sus protocolos para llevar a cabo una investigación sobre los grupos, de una manera no muy diferente a la que se estila en las bandas de jazz, donde cada uno de los músicos aguarda su turno para brillar juntos e individualmente.

El mundo de la educación después de Mead

En los Estados Unidos, los expertos en educación están utilizando el centenario del nacimiento de Margaret Mead para hacer una evaluación crítica de su legado. Ella habría apreciado este examen. Dos jefes de fila de este benéfico “revisionismo” son Ray McDermott, de la Escuela de Educación de la Universidad de Stanford, y Hevé Varenne, que fue colega de McDermott en el Teachers College de la Universidad de Columbia. Un estimulante ensayo de McDermott titulado “Un siglo de Margaret Mead” será pronto publicado por el *Teachers College Record*. Varenne, antropólogo de origen francés, escribió el prefacio de la nueva edición de la obra de Mead *And keep your powder dry*

(1999a [1942]), su análisis innovador sobre la cultura norteamericana frente a la movilización para la Segunda Guerra Mundial.

“Mead se centró en el aprendizaje entendido como los hábitos desarrollados en el contexto de las relaciones sociales”, observa McDermott. “A sus comienzos recibió la influencia de la escuela psicológica de la Gestalt de Kurt Lewin, y más tarde del trabajo intercultural sobre las etapas de desarrollo de la identidad de Erik Erikson [...] y de Gregory Bateson, especialista en historia natural, marido de un decenio [...], que no veía ninguna razón de distinguir entre comunicación y aprendizaje.” McDermott agrega que el modelo de aprendizaje de Bateson y Mead anticipa mucho de lo que se debate actualmente en el campo del estudio etnográfico del aprendizaje.

La crítica de McDermott viene después: “Mead podía estar tan atrapada por la formación de modelos que olvidaba fácilmente la ingeniosidad necesaria a los participantes para introducir el más mínimo cambio en los modelos, ya se tratara de añadir o de restar elementos. Estaba tan absorbida por la formación de modelos que a menudo escribía como si, una vez socializada, la persona no fuera nada más que un modelo internalizado.” Implícitamente, sugiere que Mead era prisionera de su propia aceptación del “marco norteamericano”, a la vez que trataba de cambiarlo. Mead tomó ideas de todo el mundo y removió las creencias medulares de los norteamericanos sobre la adolescencia y el aprendizaje. McDermott continúa:

Ella confirmó la ciencia y la democracia como su marco, sin reconocer el marco aún mayor del capitalismo y el colonialismo [o] de los sistemas occidentales de significación que llegan con los cañones y el dinero [...] Nunca desarrolló una crítica sistemática al capitalismo y al colonialismo que apoyaban su versión de la antropología y del servicio público.

Con esa reserva, McDermott concluye:

Todavía tenemos mucho de su trabajo por terminar. Las ideas recibidas sobre la adolescencia se degradan [...], los resultados escolares constituyen cada vez más la única medida de los jóvenes [...], nuestro sentido de cómo medir el conocimiento y la inteligencia se ha ido estrechando para ajustarse a la barra más alta de la competición que permite que los hijos de ricos sigan reinando sobre el resto de nosotros. Margaret Mead habría estado profundamente disgustada. [...] Ella, que siempre procuró ayudar. No es de extrañar que la echemos de menos (McDermott, 2001b).

En un libro sobre el que trabaja actualmente, *America without Margaret Mead*, McDermott da una visión más amplia de la obra de Bateson y Mead:

Las posiciones de Mead sobre varios temas – sexo, raza, adolescencia y aprendizaje – fueron adoptadas en el esfuerzo de identificar las diferencias culturales que podían definir lo que era intrínsecamente

norteamericano. [...] Sus posiciones necesitan ser actualizadas, resituadas, reformuladas o descartadas. [...] Los Estados Unidos han cambiado y lo mismo debe hacer nuestra lectura de su obra (McDermott, 2001a).

“¡Bravo!”, diría Mead, en lugar de su ocasional “¡tonterías!”. Pero tendría derecho a objetar violentamente la insinuación de McDermott según la cual ella estaba atrapada dentro del “racismo institucional norteamericano”.

Mead nunca se insurgió públicamente contra el racismo o el capitalismo. Trató de ser un buen ejemplo de ciudadana que trabajaba por terminar con la segregación racial y fomentar los derechos humanos y que compartía sus ingresos personales con otros. Fue orgullosamente miembro del consejo de administración de la Universidad de Hampton, en una época reservada a la educación de afroamericanos e indios americanos. Sus conversaciones en *Rap on race* con el famoso autor James Baldwin revelaron su resistencia a “excusarse” por la esclavitud por el solo hecho de ser blanca. Ella rechazaba de idea de “ser culpable por asociación” (Baldwin y Mead, 1971).

Tal vez uno de los mayores frutos de estas nuevas evaluaciones de la obra de Mead reside en la controversia que rodea los ataques de Derek Freeman contra Mead bajo el tema de determinismo biológico contra determinismo cultural (Freeman, 1983; 1999). McDermott tiene razón cuando afirma que “la naturaleza y la alimentación no deberían permanecer conceptualmente opuestas y sólo en el mundo real algunas veces interactivas. La dicotomía debe ser revisada. La existencia misma de una categoría llamada naturaleza humana debe ser revisada” (McDermott, 2001b). Pero esa revisión no se ha realizado todavía, y así la “naturaleza humana” reaparece acompañada por “el poder de la cultura”, como el tema de la muestra organizada por la Biblioteca del Congreso con ocasión del centenario del nacimiento de Margaret Mead.

Varenne destaca el papel profético que desempeñó Mead en sus análisis de *And keep your power dry* cuando detecta un deslizamiento desde la “objetividad científica” al compromiso total, en su condición de líder docente en el momento de la guerra. Según Varenne, “ella no describe, sino que profetiza” cuando dice:

Si debemos luchar, si debemos ganar, si debemos tener delante mientras luchamos una meta por la cual estemos dispuestos a luchar, la meta deber estar formulada en términos norteamericanos, en una mezcla de fe en el derecho y de fe en el poder de la ciencia: Confía en Dios y mantén seca la pólvora. (Mead, 1999a [1942]).

Varenne afirma que:

El objetivo de Mead no es la crítica cultural [sino] la construcción cultural... Éste es el campo dentro del cual muchos intelectuales tiemblan, y algunos pueden decir que ríen por lo bajo mientras expresan su

ironía: el reto de Mead es tanto más radical cuanto que, habiendo decidido que una guerra tenía que ser peleada porque era justa en términos norteamericanos, es decir, universales, fue también voluntaria para actuar dentro de las instituciones de los Estados Unidos, tanto gubernamentales como privadas... Ella confió en América y afiló sus capacidades retóricas como antropóloga (Varenne, 1998).

Tanto McDermott como Varenne, al citar a otros críticos de Mead nos permiten comprender mejor el crecimiento de Mead como un abrumador intento intelectual público de ayudar a mejorar la educación norteamericana modelando lo que se conoce hoy como “sociedad civil”, la interacción entre gobiernos y asociaciones benévolas. Los mecanismos de examen de los pares en las academias de los Estados Unidos a menudo castigan a los estudiosos que se atreven a dar un paso fuera de sus disciplinas y a “ir más allá de sus datos”. Mead se ajustaba más claramente a las expectativas de Peter Kapitza, físico ruso, que una vez me dijo en una conferencia: “Es el deber de la intelligentsia saber distinguir el bien del mal.”

Al margen del papel que estaba desempeñando – “la estudiosa pura” o la moralista profética –, Mead dejó una prodigiosa literatura sobre la educación. Las categorías de la educación, la familia, la psicología y los niños son las entradas más numerosos de su bibliografía completa compilada por Joan Gordan (1976). Esos artículos deberían mantener ocupados a los historiadores de la educación durante (por lo menos) otra generación.

Epílogo

En su prólogo a *Blackberry winter*, Mead escribía sobre la necesidad de ver el pasado y el futuro como aspectos del presente, el presente de cualquier generación. Si cuento en tiempo biológico, me doy cuenta de que he formado parte del mundo de Mead durante dos generaciones – medio siglo –, treinta años en que ella todavía vivía y ahora veinte después de su muerte. He estado además muy implicado en la conmemoración de su centenario. Las conmemoraciones constituyen una manera de enseñar la historia, con el fin de ver el pasado en perspectiva y de especular sobre el futuro situándolo también en una perspectiva.

Al margen de la hoy necesaria reevaluación del legado de Mead, constituido por su trabajo con otros, invito a nuestros sucesores ya de otro milenio a asumir el reto de la comparación que en 1980 yo hice de Mead con Aristóteles, comparación que podría calificarse de “generosa” (Dillon, 1980). Escribía yo entonces en un número especial de *American Anthropologist*: “¿Aristóteles fue una prefiguración de Margaret Mead?” Al

examinar la experiencia de Mead con la política y las formas de gobernar – en su condición de ciudadana pública, docente y antropóloga – el modelo aristotélico ofrece un punto de partida metafórico. A ella le divertían las bromas que se hicieron sobre sus cualidades de pitonisa cuando habló en Delfos, pero habría considerado escandalosa toda hipótesis que afirmara que ella constituía una suerte de continuidad entre el pensamiento norteamericano del siglo XX y la Grecia clásica. Aristóteles (384-322 a. de C.), filósofo, educador y científico griego profundamente interesado en la ética y la política, consideraba que el conocimiento era necesario para capacitar a los seres humanos a actuar correctamente y vivir felices. Aristóteles creía que el aspecto más sobresaliente de la naturaleza es el cambio; su filosofía de la naturaleza incluía la psicología y la biología. A Mead también le preocupaba profundamente la relación entre la mente y el cuerpo e hizo sus incursiones en los asuntos públicos con una aguda conciencia de que el comportamiento humano debe ser entendido en el contexto de la medida de nuestro cerebro y la complejidad de nuestro sistema nervioso.

El método aristotélico de indagación estaba centrado en la racionalidad humana, y sin embargo hacía hincapié en la continuidad entre la humanidad y la naturaleza más que en una diferencia fundamental. Integraba ética y sociedad, en contraste con las propuestas modernas dominantes de una ciencia social ajena a los valores y de una ética autónoma. Mead tiene en efecto una resonancia con Aristóteles en este punto. Él extrapolaba a partir de la más antigua ciudad-Estado, la *polis*. Mead extrapolaba, en sus métodos analíticos y en su estilo personal de liderazgo, a partir de tradiciones en gran medida venidas de la antigua Grecia o de la Filadelfia prerrevolucionaria. A menudo extraía elementos de la aldea de Peri, en Nueva Guinea, donde hay ahora un Centro Comunitario Margaret Mead, inaugurado en su memoria en 1980. Sus habitantes y Mead se enseñaron mutuamente muchas cosas sobre las responsabilidades y los derechos cívicos, entre ellas las técnicas de conciliación de puntos de vista divergentes, con el fin de alcanzar objetivos ventajosos para la comunidad en general.

Mead se dedicó incesantemente a hacer extrapolaciones, desde las pequeñas comunidades organizadas hasta el mundo como *polis*. Sus pasos del micro al macroanálisis eran herramientas esenciales en sus esfuerzos por enseñar a los norteamericanos a entenderse a sí mismos a la luz de la experiencia humana en otras culturas.

Rechazados por algunos colegas universitarios por ser “demasiado populares”, Mead en cambio no se privó de utilizar los medios de comunicación para difundir sus ideas.

Aristóteles, en el mundo anterior a Internet, produjo escritos de calidad *exotérica* (popular) destinados a un público general ajeno a la Academia de Platón, así como también tratados técnicos (*esotéricos*) para los estudiantes del Liceo.

La prensa escrita y más tarde los medios electrónicos fueron esenciales en el papel desempeñado por Mead como docente, investigadora y ciudadana. Parecía muy consciente de la observación de Thomas Babington Macaulay, quien pensaba que los periodistas constituían el cuarto poder. Su perspectiva profética del tiempo a menudo era noticia: “Nos quedan veinticinco años para...”, pero ella sabía que la prensa no era un sustituto de las instituciones, que los medios no se verían nunca obligados a hacer lo que el gobierno representativo, la organización industrial y la diplomacia no hubieran podido hacer.

Como Aristóteles, Mead quería que el pueblo actuara rectamente y viviera feliz. Cuando su ahijado Daniel Métraux le preguntaba qué era lo que más le hubiera gustado hacer en la vida, respondía: “Hacer feliz al menos a una persona”. Pero también tenía ambiciones más vastas de ayudar a crear una sociedad mejor y, como Platón, quería que los alcaldes de una megalópolis como Nueva York y los concejales de las ciudades de Nueva Inglaterra fueran reyes-filósofos. Ella esperaba que el cuarto poder compartiría las tareas esotéricas y exotéricas del gobierno. Su deber como ciudadana era servir de piloto a las dos esferas.

Por tradición oral, más que por la lectura de su vasta producción escrita, casi a diario me siento guiado por ella con sólo recordar dos consejos: 1) No esperes nunca reconocimiento, gratitud o estima por lo que haces. Tu única recompensa es encontrar tus propias normas. 2) Si no puedes estar en contacto con un niño todos los días, pide uno prestado .

Discutir sobre si la antropología es un arte, una ciencia o ambas cosas a la vez no debería impedirnos recurrir a Mead y a las generaciones anteriores para fomentar el uso de la poesía en la comunicación/educación de los niños. Valga como testigo el último poema de Mead, escrito en 1947 y dedicado a la hija que la hizo abuela:

*That I be not a restless ghost
Who haunts your footsteps as they pass
Beyond the point where you have left
Me standing in the newsprung grass,*

*You must be free to take a path
Whose end I feel no need to know,
No irking fever to be sure
You went where I would have you go.*

*Those who would fence the future in
Between two walls of well-laid stones
But lay a ghost walk for themselves
A dreary walk for dusty bones.*

*So you can go without regret
Away from this familiar land,
Leaving your kiss upon my hair*

And all the future in your hands.

Que yo no sea un fantasma inquieto
Que ronde tus pasos cuando vayan
Más allá del punto donde me has dejado
De pie sobre la hierba recién crecida.

Que seas libre de tomar un camino
Cuyo fin no siento necesidad de conocer,
Ni la ansiedad febril de estar segura de que
vas

Adonde yo hubiera querido que fueras.

Aquellos que encierran el futuro
Entre dos muros de piedras bien dispuestas
Sólo echan un fantasma a andar por ellos
Un lóbrego camino para huesos polvorientos.

Que puedas pues partir sin remordimientos
y dejar este país familiar
Con un beso sobre mis cabellos
Y todo el futuro entre tus manos.

Notas

* *Wilton S. Dillon (Estados Unidos de América)*

Investigador emérito de la Smithsonian Institution. Antropólogo y educador, estudió en la Universidad de Columbia con Margaret Mead y en el Musée de l'Homme de París con Claude Lévi-Strauss. Los tres años pasados en Tokyo dentro del equipo de civiles del general Mac Arthur durante la Ocupación lo llevaron a interesarse por la obra de Ruth Benedict *The chrysanthemum and the sword* [El crisantemo y el sable]. Margaret Mead lo alentó a profundizar ese interés con un trabajo de campo en Francia. El resultado fue *Gifts and nations: the obligations to give, receive and repay* [Dones y naciones: la obligación de dar, recibir y devolver] (1968). Ha escrito también sobre la educación en África, particularmente sobre la función de la universidad en la construcción de la nación. Discípulo y amigo de Margaret Mead durante los últimos treinta años de su vida, actualmente es secretario del Comité Internacional Honorario para el Centenario de M. Mead, presidido por Lévi-Strauss.

1. La creación de esos “grupos” de colaboradores no es tarea simple, concluye Mead en su trabajo teórico más fecundo, *Continuities in cultural evolution*, basado en sus Conferencias Terry en la Universidad de Yale en 1963. “Necesitamos ahora una visión de futuro que no minimice el peligro inmediato ni genere desesperación”, escribía en un contexto en que recomienda la formación de grupos de individuos, miembros del consejo municipal de un pueblo pequeño o del gabinete de una gran nación, conducidos por al menos una persona irremplazable (Mead, 1999b).
2. El título de su autobiografía *Blackberry winter: my earlier years* [El invierno de las moras: mis primeros años] alude al tiempo en que la escarcha cubre las flores de las moras y contribuye a la formación de los frutos, anticipo de una cosecha abundante.
3. Movimiento religioso del Pacífico Suroeste, caracterizado por la espera del retorno de los espíritus en barcos o aviones cargados de mercancías que saciarán las necesidades de sus seguidores. [N. de T.]

Referencias

- Baldwin, J.; Mead, M. 1971. *A rap on race* [Diálogo sobre el racismo]. Filadelfia, Pennsylvania; Nueva York, Lippincott.
- Benedict, R. 1946. *The chrysanthemum and the sword* [El crisantemo y el sable]. Boston, Massachusetts, Houghton Mifflin.
- Dillon, W. 1968. *Gifts and nations* [Dones y naciones]. La Haya, Mouton.
- . 1974. Margaret Mead: president elect. [Margaret Mead: presidente electo]. *Science* (Washington DC), vol. 184, n° 4135, págs. 490-495.
- . 1980. Margaret Mead and government. [Margaret Mead y el gobierno]. *American Anthropologist* (Arlington, Virginia), vol. 82, n° 2, págs. 318-359.
- Freeman, D. 1983. *Margaret Mead and Samoa: The making and unmaking of an anthropological myth*. [Margaret Mead y Samoa: cómo se hace y se deshace un mito antropológico]. Cambridge y Londres, Harvard University Press.
- . 1999. *The fateful hoaxing of Margaret Mead* [La mistificación profética de Margaret Mead]. Boulder, Colorado, Westview Press.
- Gordan, J. (comp.). 1976. *Margaret Mead: the complete bibliography* [Margaret Mead: bibliografía completa]. 1925-1975. La Haya, Mouton.
- Grinager, P. 1999. *Uncommon lives: my lifelong friendship with Margaret Mead*. [Vidas singulares: mi amistad de toda la vida con Margaret Mead]. Lanham, Maryland, Rowman.

- Lévi-Strauss, C. 1979. Remembering Margaret Mead [Homenaje a Margaret Mead]. *UNESCO Courier* (París), vol. 32, n° 6, p. 39-40.
- Mauss, M. 1954. *The gift: forms and functions of exchange in archaic societies* [El don: formas y funciones del intercambio en las sociedades arcaicas]. Cunnison, I., trans. Glencoe, Colorado, Free Press.
- Mead, M. 1951. *The school in American culture* [La escuela en la cultura norteamericana]. Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- . 1956. *New lives for old: cultural transformation – Manus. 1928-1953* [Cambiar de vida o la transformación cultural - Manus 1928-1953]. Nueva York, Morrow.
- . 1972. *Blackberry winter: my earlier years* [El invierno de las moras: mis primeros años]. Nueva York, Morrow.
- . 1999a [1942]. *And keep your powder dry: an anthropologist looks at America*. [Y mantén seca la pólvora: la mirada de una antropóloga sobre los Estados Unidos]. Nueva York, Bergghahn Books.
- . 1999b. Difficulties in creating evolutionary clusters [Dificultades para crear grupos evolutivos]. En: Mead, M. *Continuities in cultural evolution*, págs. 264-281. Nuevo Brunswick, Transaction Publishers.
- . 2001a. *Coming of age in Samoa: a psychological study of primitive youth for western civilisation* [La llegada de la pubertad en Samoa: estudio psicológico de una juventud primitiva para la civilización occidental]. Nueva York, HarperCollins. [1928.]
- . 2001b. *Growing up in New Guinea: a comparative study of primitive education* [Creer en Nueva Guinea: estudio comparativo de la educación primitiva]. Nueva York, Harper Collins. [1931.]
- McDermott, R. 2001a. *America without Margaret Mead: reworking gender, race, adolescence and learning*. [Los Estados Unidos sin Margaret Mead: reconsiderar las nociones de sexo, raza, adolescencia y aprendizaje]. Manuscrito inédito.
- . 2001b. Próxima aparición. A century of Margaret Mead [Un siglo de Margaret Mead]. *Teacher's College Record* (Nueva York).
- Murphy, R. 1987. *The body silent* [El cuerpo silencioso]. Nueva York, Holt.
- Toulmin, S. 1984. The evolution of Margaret Mead [La evolución de Margaret Mead]. *New York review of books* (Nueva York), vol. 31, n° 19, págs. 3-4.
- Varenne, H.; McDermott, R. *et al.* 1998. *Successful failure: the school America builds* [El fracaso exitoso: la escuela que construyen los Estados Unidos]. Boulder, Colorado, Westview Press.